Seudónimo: Anselmo Araoz.

DIEZ CENTÍMETROS

Me morí un martes, al anochecer, con la azada en la mano y la mala suerte de que mi vecino Teodoro Cabezas estuviera mirando. Treinta y un años sin hablarnos, y el tío presencia lo único íntimo que me quedaba.

La culpa fue de una peña. Ochenta kilos de granito que, desde tiempos de mi abuelo, señalaban el lindero entre su huerta y la mía. Una mañana de 1993 la encontré cuarenta centímetros hacia mi lado. Aquello no podía quedar así: la devolví a su sitio y, ya puesto, le añadí diez de propina. Al día siguiente había regresado a mis tierras, con intereses. Así empezó todo. Él empujaba de madrugada, yo al caer la tarde, y el pobre hito, harto de nosotros, iba y venía por la linde como un borracho. Nunca hubo denuncia, ni Guardia Civil, ni una sola palabra. Solo granito y rencor, que es lo que más aguanta.

Mi Encarna murió en el noventa y ocho; su Remedios, en el dos mil cuatro. Cada uno veló a la suya con la tapia por testigo, y no hubo pésame, porque el hito no admitía asuntos ajenos.

Aquel martes, por primera vez, no moví nada. Me dolía algo en el costado y lo atribuí a la edad, esa coartada que tanto se explota en mi gremio. Ya lo empujaría mañana, pensé. Mañana, como se ve, me pilló ocupado.

Morirse, por cierto, es menos solemne de lo que cuentan. No hay túnel, ni luz blanca; hay un chasquido, como de rodilla, y la sensación de haberse dejado el gas puesto.

Me velaron en casa, porque en el pueblo la funeraria solo sirve para llevarte y traerte. Desde lo alto de la lámpara (no pregunten; nadie me ha dado explicaciones) asistí a mi propio velatorio con curiosidad de forastero. Mi sobrino de Getafe tasaba el aparador con los ojos. La Paca, la del estanco, preparaba migas en mis sartenes y de paso las criticaba.

El cura llegó en una Vespa, bendijo el féretro y preguntó si quedaba embutido. Sobre la mesa, mi foto de boda presidía una bandeja de empanadillas que yo jamás autoricé.

Entre el segundo café y el primer coñac me enteré de lo demás.

—Dicen que lo reanimó Teodoro —murmuró la Paca.

—¿El de la peña? —preguntó alguien.

—Saltó la tapia con esa rodilla hecha polvo que tiene y le hizo el boca a boca hasta que llegó la ambulancia de Coria. Dos costillas le partió, de lo fuerte que apretaba.

—¿Y cómo se enteró de que se moría?

—Eso no ha querido contarlo.

Treinta y un años esquivándonos, y mi primer beso con aquel hombre se produjo sin mi consentimiento. Con aliento a sardinas, además. Nadie lo ha comentado, pero lo conozco.

Teodoro apareció a las once de la noche con el traje de boda de su hijo, que le sentaba como a mí el mío. Se plantó ante el ataúd y el salón dejó de masticar. Todo el pueblo conocía la guerra del hito, y hasta circulaban apuestas sobre quién la ganaría. Esperaban gran escándalo. Teodoro estudió mi semblante de cera, ladeó la cabeza y dictaminó:

—Qué mala cara tienes, Anselmo.

Se acomodó en una silla de anea y allí permaneció siete horas, sin probar bocado ni coñac.

A las cuatro, cuando hasta la Paca roncaba sobre el sofá, se levantó, se caló la gorra y salió por el corral. Lo seguí flotando, con torpeza de principiante. Cruzó mi huerta a oscuras sin un tropiezo (se la sabía de memoria, de tanto atravesarla de noche) y llegó hasta el granito. Aguardé el empujón. No hubo empujón: se sentó encima.

—Te toca a ti, so cabrón —dijo bajito—. Llevo desde el martes esperando que lo muevas.

Se quitó la gorra y prosiguió con la voz más quebrada que mis costillas:

—Treinta y un años sin fallar un día. Ni con tu gripe del nueve, ni cuando te operaron de la próstata. A la hora de siempre sales con la azada, me buscas de reojo, y yo me hago el distraído tras la higuera. Y el martes, nada. Me quedé entre las tomateras como un pasmarote. Hasta que te vi caer.

Y el hombre que había soportado tres décadas sin pestañear se echó a llorar a horcajadas sobre su enemigo mineral, con hipo y todo.

—¿Con quién voy a pelearme ahora, imbécil? Mi hijo llama los domingos para saber si me tomo las pastillas. Tú preguntabas cada noche, a tu manera, si seguía vivo. Piedra movida, vecino vivo. Así nos escribíamos.

Yo, sin manos para ofrecerle un pañuelo ni voz para decirle nada, hice lo único posible: me quedé a su lado hasta que clareó. Me pareció lo mínimo.

Del entierro todavía se habla en el pueblo, aunque no por mí. A mediodía llegó Teodoro al cementerio empujando una carretilla, y en la carretilla, el hito. Con aquella rodilla, a saber cómo lo había cargado. Antonio, el sepulturero, alegó que el reglamento municipal no contemplaba rocas. Teodoro le dedicó treinta y un años de mirada y el hombre se rindió. Entre cuatro lo hincaron a la cabecera de mi fosa. El cura, que nunca porfía con la geología, lo bendijo a bulto. Mi sobrino preguntó de quién era aquello.

—De los dos —sentenció Teodoro—. Si alguien tiene objeciones, que se las plantee a Anselmo.

Nadie se las planteó. Los difuntos inspiramos un respeto que en vida no conseguíamos ni a gritos.

Cuando la gente se fue a por el aperitivo, Teodoro permaneció junto a la tumba y señaló con la barbilla el hueco de al lado.

—Y que sepas que lo tengo comprado. Desde hace dos años, por si acaso. Tres décadas largas dan para saber con quién se quiere compartir lindero.

Se encasquetó la gorra y se marchó cojeando, sin volverse. Hizo bien: a mí se me había atragantado la réplica.

Esta madrugada me he arrimado a la peña y he apretado con lo que me queda, que no es mucho. Nadie me dio instrucciones, pero los difuntos tenemos nuestros trucos y el primer día cuesta. Se ha movido. Diez centímetros hacia la parcela vacía de Teodoro. Dentro de un rato aparecerá con su rodilla, verá el cambio y sabrá que sigo por aquí, o algo muy parecido. Responderá, claro.

Piedra movida, vecino vivo. Diez centímetros, y diez de propina.